

parte posterior de la cabeza, y que tienen los ojos oblicuos. Aquí es donde vamos á pasar la noche, para volvernos á poner en camino en cuanto empiece amanecer. En el flanco de esta larga muralla gris se abre un agujero negro, boquiancho, en forma de arcada, donde van á morir las sinuosidades de los dos carriles paralelos que marcan el camino. Y nosotros nos abismamos en este agujero, especie de largo túnel, de aspecto siniestro; parece cuando se entra allí que no se vá á salir más.

Exhalaciones fétidas nos dan en la nariz. Nosotros nos movemos vacilantes y pesados, sobre enormes piedras desniveladas y rotas, en el fondo de un hormiguo confuso, en una lúgubre semiobscuridad. Las gentes que nos rodean, agolpándose en torno nuestro, son inmundos presidiarios medio desnudos; hombres desgredados; mujeres con los piecitos envueltos en mezquinas tirillas de trapo, de tez lívida, con niños de pecho moribundos; gentes temblorosas y rechinando los dientes, pegadas á la pared para tener menos frío; pieles amarillas, medio agujereadas por los huesos; esqueletos humanos, cubiertos de sabandijas; enfermos verdaderos ó falsos, humildes ó amenazadores; unos, atados, se arrastraban apoyándose en las manos, que les servían de piés; otros, sin ojos; otros patizambos,

leprosos, idiotas, pustulosos, epilépticos, llenos de sarpullidos; locos, cubiertos de úlceras, que no tienen ya cara de chinos. Algunos salmodian lamentables quejas, rodeando nuestra carreta para implorar nuestra caridad, llamándonos *Sí-ta-lao-yéh* (grandes señores de Occidente); otros, mofándose lúgubrementemente, haciendo ademán de detener nuestras mulas; otros, en fin, permanecen inmóviles, sumergidos en una taciturna postración, próxima vecina de la muerte..... El mayoral, práctico en esta clase de encuentros, dispersa este «Egipto chino,» con crueles y vigorosos latigazos dados sobre los más audaces, y nosotros penetramos en la ciudad de la *Pureza celeste* perseguidos por las maldiciones más rabiosas.

La carreta continúa avanzando lentamente en medio de una multitud compacta que gesticula. Gentes del pueblo, vestidas de pieles de carnero, interceptan las callecillas estrechas y tortuosas bordeadas de casas de ladrillo gris. Otras veces pasamos delante de puertas monumentales, recubiertas de techumbres complicadas, que son entradas de los hoteles de los ricos. Pero más á menudo, nosotros no vemos sino muros mal alineados y medio ruinosos; barrios tristes, que revelan vejez y miseria.

A la vuelta de una esquina, todo cambia de aspecto bruscamente, y hénos aquí en pleno bazar.

Una recta y larga calle, que ofrece una sorprendente perspectiva de banderas de todos colores. Banderas que cruzan de un tejado á otro, descendiendo verticalmente por cada lado de la calle, á lo largo de las tiendas, y sucediéndose siempre como una serie de decoraciones que rodeasen un estrecho cuadro, cuyo fondo se prolongase hasta el infinito. Las hay rojas, verdes, amarillas, y todas tienen enormes letras doradas. Mercaderes envueltos en abrigos de pieles y con gorras de pelo; tiendas de telas de seda y raso brochado; casas de té, de las que exhalan olores de opio; sonidos de guitarras y de flautas; carnicerías, donde se vende carne de cerdo y de perro; pieles preciosas de Siberia y de Mogolia; pipas y velas de sebo; objetos de arte en porcelana; abanicos, muebles de laca, relojes de cobre y de bronce.

Las amas de gobierno, vacilando sobre los piés demasiado pequeños, hacen sus compras para la comida de la tarde, apoyadas, para no caer, sobre la cabeza de algún niño, vestido de encarnado y verde. Toda aquella colmena humana se agita y bulle á nuestra vista, á la luz indecisa de los próximos faroles de papel, en aquel fondo de colores, encarnado,

verde, amarillo, azul, naranjado, en el claro-oscuro más movible y extravagantes.

Hénos aquí, después de mil vueltas y revueltas á través de aquellos laberintos de calles, delante de una alta pared, en la que se abre una puerta cochera. Es la posada. El mayoral se baja, arma un gran alboroto con el llamador, gritando con un tono de viva indignación: ¡*Kai-men, kai-men!* ¡Abrid la puerta!) La puerta se abre después de larga discusión, y entramos en el patio, al trote largo, de nuestras mulas, y haciendo sonar muy fuerte las campanillas, que es lo que importa: en China es uno más ó menos estimado, según el ruido que hace. Es un patio cenagoso, rodeado de construcciones bajas, depósito de estiércol helado, en el que carretas desuncidas levantan sus varas hacia el cielo, sembrado de estrellas, y mulas famélicas andan tristes y errantes buscando algo que comer. Todo alrededor se abren puertas y ventanas, formadas por enrejados de madera y papeles encolados.

En él se siente olor de opio, exhalaciones de grasa humana, calentada en fogones humeantes, cuyos resplandores distinguimos á través de los papeles rotos; los cánticos alegres de los carreteros chinos, acompañados por guitarras extridentes; el ruido del viento Norte que zumba y el eco amortiguado de

los ruidos de la calle. Como gritamos mucho, injuriando y atropellando á todos sin distinción, lo mismo á las gentes de la posada que á los viajeros como nosotros, nos consideran personas importantes y nos reciben muy bien. El posadero, que es un hombre grueso, con casaca enguatada y un sombrerillo de pelo en la cabeza, nos hace grandes *tchin-tchin* (lo que llaman ustedes zalamería en Oriente), y nos conduce él mismo á nuestra habitación.

Entramos en una especie de zaquizamí, cuyas paredes debieron blanquearse en tiempo del paso de *Gengis-khan*, ó de alguno de sus capitanes. Los ángulos están adornados con ligeros encajes, á manera de rinconeras, obras pacientes de las industriosas arañas. Como muebles, una mesa y unos taburetes de madera, que no tienen más que tres patas cada uno; y como suelo, la tierra apisonada. Por estufa tenemos el *Kang*, especie de camilla de ladrillos, en cuyo interior hay un horno para quemar paja. El *Kang* y el brasero son los únicos medios de calefacción empleados en China: no le quitan á uno el frío, pero en cambio, le proporcionan horribles dolores de cabeza.

Sacamos nuestras mantas de viaje, y las extendemos sobre el kang. En seguida disponemos

nuestra mesa portátil, como hacen los ingleses cuando viajan en el rápido de París á Mentón, y yo preparo varias cosas necesarias para alimentarnos.

«¡Kai-choui-nalé! (Traiga usted agua caliente.) ¡Tcha, mien-tio, fann-nalé! (Traiga usted té, galleta, arroz.)» Y yo añado, para activar el movimiento: «¡Kouékoué!, ¡kouékoué!, ¡kouékoué!» (Deprisa, deprisa, deprisa), girando la mirada como un eudemoniado, agitando los brazos y las piernas, y distribuyendo fuertes golpes y empujones á todos los que pasan á mi lado.)

Una nauseabunda vela de sebo, con resplandores intermitentes, arroja su luz vacilante sobre esta escena interior. El humo acre del kang y del brasero se mezcla á los vapores del agua caliente, que nos va á despojar de nuestra máscara de polvo y á los perfumes olorosos de nuestras tazas de té. Hémos aquí entre una nube espesa, medio asfixiados, pero disfrutando, á pesar de todo, de un bienestar particular, que es el de la casa de los chinos plebeyos, y al cual, á la larga, ayuda el opio á habituarse quizá.....

Nuestros pensamientos toman, con este reposo relativo, un curso más normal. ¿Usted no comprende, mi querido Loti, para qué le he conducido á Pekin? La primera efusión, siempre inseparable de nues-

tros encuentros, ha pasado desde ayer, y ligeramente desengañado de no haber podido hacer un verdadero Ahasvérus, por el cual experimentaba usted un cierto sentimiento de interés simpático, mezclado de curiosidad, recuerda usted súbitamente que tiene una cita con una joven princesa del país de las Gangáridas, y me anuncia que me dejará al día siguiente por la mañana, y que yo continuaré solo mi camino hacia la gran capital del Norte. Resuelto esto, decidimos separarnos por la mañana, prometiéndonos llevarnos mutuamente en el fondo de nuestros corazones y de nuestro pensamiento.

Entre tanto, nuestra llegada á la posada ha puesto á todo el mundo en conmoción. Una gran eferescencia de curiosidad reina en torno nuestro. Nuestro tugurio es invadido por algunas gentes desaseadas, que hacen reflexiones sobre nosotros. Los bribones nos dirigen pullas de un gusto deplorable, que consisten en manifestar las intenciones más inmoralmente ofensivas sobre nuestros próximos pobres ascendientes. Otros pasan revista á nuestro físico, de una manera indiscreta é importuna, y se preguntan si somos los *Ya-mé-likien*, los *In-ki-hi* ó los *Fon-gau-si*. En todo caso, no nos dejan de tratar de *koutsé*.

Para no tener al final mejores maneras, hacemos una abundante distribución de puntapiés en el trasero de aquéllos que meten sus dedos en nuestras camisas ó se pinchan la lengua con nuestros tenedores. Y usted, Loti, pone en juego sus talentos de zapatero de viejo, que son muy apreciados.

Nosotros hemos rehusado hablar á esta plebe inmunda.

*Kai-choui*, en la cara; *tcha-mien-to-fann*, en el estómago; nos acostamos sobre nuestro *kang*. Rehusamos los ofrecimientos de servicios de personas de ambos sexos, que nos proponían distracciones nocturnas, admitidas por la moral ancha é indulgente de los pueblos del extremo Oriente, pero incompatibles con nuestra barbarie occidental—y nos dormimos. Lo habíamos merecido bien.

.....

Hé nos aquí sumidos en la inconsciencia absoluta. Sólo páginas en blanco, al uso de los inteligentes *fakires* y de los delicados derviches, pueden explicar la continuación inmediata de nuestras aventuras.

.....

Mi querido amigo, si usted quiere, puede tomar la pluma por esta vez: yo continuaré en otra ocasión: esta historia me ha fatigado horriblemente y

conmovido, sobre todo. Trate usted de buscar algún relato que nos reponga de estos olores de opio, de este cuarto infecto y de este humo.

*Loti.*—¿Alguna cosa que no sea ni el opio ni la paja quemada del kang?..... Espere usted; me acuerdo de cierta mañana en que yo estaba en medio de una soledad pedregosa, en compañía de una cabra negra.

Al Oeste, gigantescos desprendimientos de rocas grises, inclinadas hacia la Dalmacia; y del lado del Oriente, la vista se extendía sobre la sombría Herzegovina.

Era en la frontera, en el punto culminante de las montañas. Hacía frío en aquellas alturas; se respiraba el aire en toda su pureza, propio de los espacios sin límites. En ninguna parte se veía nada verde. El sol, que acababa de salir, extendía por doquiera sus contrastes de luces y de sombras, en aquel caos de piedra.

Por debajo, entre la niebla de la mañana, la Herzegovina, desolada, alumbrada ligera y blanquecinamente.

La Dalmacia permanecía aún en la sombra de sus altas montañas. Se la adivinaba allá abajo, á lo lejos, y al extremo de aquel cataclismo de rocas, en sus grandes profundidades—dormida aún en su

atmósfera cálida, en sus perfumes de mirtos y naranjos.

.....

Teniendo mucho apetito, yo tenía para desayunarme tres puñados de higos dorados, cocidos al sol, que partí con la cabra negra. Y la cabra—espantada, con aire diabólico, con un mechón sobre el hocico, á lo *Capoul*—no se contentó con los higos que yo le daba; se sostenía de pié y saltaba, para disputarme, hasta en la boca, aquéllos que yo guardaba para mí.....

.....

¡Qué patria tan fúnebre la Herzegovina.

Desde luego, se desciende á las regiones que hacen pensar en los países de la lunas, piedras y más piedras. Nada de árboles, nada de verdura; una uniformidad grís.

Grandes pasos ó extensiones de piedras, todos unidos, como lagos muertos—y después, profundidades de piedra, elevaciones, alteraciones y espantosas montañas de granito.

Un río, el *Trébinitza*, al cual el viejo Styse debía parecerse, corriendo en un lecho de piedra, en medio de una planicie de piedra también. Ninguna vegetación en sus orillas, como si su légamo estu-

viere maldito; y después se oculta, y desaparece en los abismos subterráneos.

Aquí y allá, mesetas de flores blancas ó tapices de guirnaldas; y en el aire, por encima de aquellas cosas tristes, los buhos, que pasan sin ruido.

Avanzando más, se llega á la región de los árboles.—Malezas encorvadas primero—después se entra en el bosque: un bosque, como no los hay más que en la Herzegovina; todo erizado de picas de piedra. Entre cada árbol, una punta que se levanta como otro árbol petrificado. De distancia en distancia, pequeños lugarillos descuajados, consumidos, siniestros.—Cinco años de una guerra de exterminio han pasado por este país. Montañeses slavos salen de las ruinas de sus casas y os miran pasar con aire de desconfianza. Son altos y rubios y llevan llena su cintura de puñales y navajas.

Después del bosque, el país cambia; hay una llanura. Campos de trigo, cultivos del Norte; todo aquéllo devastado, abandonado, desierto. Y luego aparece la capital vieja, nido de buhos, con su minarete, sobresaliendo de sus pardas murallas.—Viejo puente levadizo, viejos fuertes—con frondosidades de campanillas, que extienden sobre las piedras sus frescas flores, de un violado admirable.

Trebigne, un fantasma de ciudad: los restos de

un bazar de Oriente, donde se hablan aún el turco y el slavo; todo el barrio musulmán en ruina, vacío, sin habitantes. En la mezquita, algunos pobres turcos acurrucados—los viejos que han quedado—balbuceando aún, con la frente en el suelo, las plegarias de Mahoma.

La nueva guarnición austriaca se aloja, por casualidad, entre estos restos.

Hay en una casilla en ruina una especie de mesa redonda, muy cómica, donde se habla el alemán. Los oficiales del cuerpo de ocupación toman allí una miserable comida, en compañía de *Gretchens*, descendidos del Norte.

Los austriacos sienten haber venido. Este árido país no merece la pena que se han tomado para someterlo, ni su dinero, ni sus hombres perdidos; sin contar las sorpresas que aún tienen que temer en el campo, y las escaramuzas sangrientas, y las gentes que aún se matan, por la noche, en los recodos de los caminos. Los slavos, por su parte, confiesan que preferían la dominación caprichosa, pero negligente, de los turcos. En aquél tiempo, se hacía todo lo que se quería, si sabía hacerse.

Sin embargo, los austriacos permanecieron allí. Han comenzado su instalación por lo más preciso: escoger para el servicio del Estado un cierto núme-